

Él anduvo con un zombi

JACINTO ANTÓN

Vudú, tambores, la noche tórrida entre las cañas, una ceremonia atávica y salvaje con bailes desenfrenados ante nuestros altares; y en medio de las sombras que rozan apenas los pálidos dedos de la luna y lamen fugaces las lenguas de las hogueras, sus ojos abismados en la nada como en un pozo, el zombi.

¡Por Dios, qué miedo me da ese mundo de la brujería afroamericana caribeña! Nadie lo ha representado mejor que Jacques Tourneur en *I walked with a zombie*, aquí *Yo anduve con un zombi*, la fascinante y aterradora película de 1943 que se mueve magistralmente entre la incredulidad y lo sobrenatural, desplegando entre ambas un espacio estremecedor, una tierra movедiza, de tenebrosa poesía. ¡Ah, el vudú!

Cuando el otro día me llamó Jaime Ollé apenas le presté atención, hasta que mencionó que había trabajado en Haití, la isla oscura. Ollé, especialista en enfermedades infecciosas y epidemiología, presidente de ACTIMON (asociación catalana para la prevención y tratamiento de la tuberculosis) me explicó que ha publicado *Crónicas de un médico en el mundo* (Teaia, segunda edición ampliada), un conjunto de historias de sus treinta años de profesión en lugares del Tercer Mundo que le ha prologado Eduardo Mendoza. Me sonaba todo a literatura bienintencionada y humanitaria. Eso para lo que suelo an-

dar justo de tiempo. Pero entonces me explicó lo del zombi.

"Un paciente, un hombre, murió de un fallo multiorgánico provocado por una insuficiencia renal. Yo no lo vi morir pero un colega firmó el certificado de defunción y me consta que el tipo estaba muerto y bien muerto. Pues bien al cabo de unos días todo el mundo me decía que lo que veían por la calle. Vivo, o casi. Por unos minutos no me lo encontré yo mismo en un bar. Allí todo el mundo cree en los zombis. Es el único lugar del mundo en el que a los familiares no es que no les importe que hagas la autopsia a un muerto sino que te lo agradezcan efusivamente. Incluso hay moribundos que te dicen: 'Cuando muera, saquemelo todo doctor'. Para que no te convirtieran en zombi, claro".

Tomábamnos un café junto al diario y la atmósfera pareció llenarse de efluvios de macumba, incluso me pareció ver en un rincón en el suelo un muñeco atravesado por alfileres, pero era una servilleta de papel arrugada. El camarero que nos retiró las tazas era igualito al Barón Samedi, el loa vudú guardián de los cementerios. Hay que ver cómo me lo estaba pasando. Ollé se inclinó sobre la mesa. "He visto a gente bañar sobre las brasas sin dolor ni rastro de quemaduras. Probablemente es la sugestión, el poder de la mente sobre el cuerpo. Ayudan los tambores, el ron..."



Gwen Mellon con un pequeño paciente, en Haití. / ROBERT PHILLIPS

Comenté con Ollé lo que me explicó una vez el etnobotánico Wade Davis de que el *couj de poudre* que usan los *bocors*, los brujos, para zombificar a alguien (inducirle un estado catiléptico y luego convertirlo en sirviente sin voluntad) pudiera ser la tetradoxina (TTX) del pez globo o el estramonio, que se conoce en Haití precisamente como *cocumbre zombie*, pepino zombi.

Entonces Ollé empezó a hablarme del doctor y filántropo William Larimer Mellon jr. y su esposa Gwen, que fueron buenos amigos suyos y con los que trabajó en

Haití Mellon, de una familia de millonarios de Pittsburgh, consagró su fortuna a montar y hacer funcionar un hospital en Deschâpelles en el valle Artibonite al norte de Port-Au-Prince. Lo hizo tras conocer a Albert Schweitzer, cuyo nombre (y bajo su impulso) bautizó el centro, y estudiar la carrera de médico (a los cuarenta años). A mí me pareció que Mellon y su bella esposa tenían un aire de los protagonistas de *I walked with a zombie*, y esperé una historia acorde. Aunque no hay serpientes venenosas en Haití, sí que hay tarántulas. Por no

hablar de que Mellon había sido agente de la OSS durante la II Guerra Mundial.

Pero Ollé iba por otro rumbo. Me relató la increíble labor de la pareja. El doctor Mellon pasó 35 años en Haití y murió en su propio hospital. Luego, en la biografía de los Mellon (*Song of Haiti*, de Barry Paris, 2000) leí que Mrs. Mellon, aunque consideraba el vudú parte de la vida cotidiana, no estaba de acuerdo con un doctor al que oyó decir: "Estamos aquí para combatir el vudú". Le atajó: "No, estamos aquí para luchar contra la malnutrición y el analfabetismo. El vudú no es nuestro enemigo, lo son la mala salud y la falta de educación".

Los Mellon y su equipo, entre ellos Ollé, no acabaron con los zombis, pero erradicaron el téta-nos, entre otros milagros, como lograr que la esperanza de vida en la zona pasara de 30 a 53 años. Empecé a entender que la historia de Ollé, el vital, impaciente, caótico Ollé, tan fiel a Montaigne ("No hago nada sin alegría"), era otra. No hay héroes de acción, escribió una vez Schweitzer, solo de renunciación y sufrimiento, pero pocos de ellos son conocidos, e incluso esos no por la multitud sino por unos pocos. "¿Mordeduras de serpiente? ¿Dentelladas de león? ¿Zombis? Olvídalo Jacinto. Lo que amenaza a mis pacientes en Haití, en Djibuti, en Mali, en Etiopía, a Boaré, Odet, Antony, es una miseria absoluta que les devasta el cuerpo y la mente".

Escuché sus historias, más conmovedoras aún porque las explicaba sin adornos dramáticos. Y comprendí que, efectivamente, antes de despertarlo con la sal de la humanidad de sus relatos (es sabido que los muertos vivos no pueden ingerir la sin to-mar conciencia de su estado), Ollé había caminado con un zombi: era yo.